

La Presa

בִּי בֵּי הַשָּׁמַיִם וְהָאֲפֻלְטָהּ וְאֶשְׁנֵי הַיָּם בְּיַד הַשָּׁמַיִם

תהילים צא

El cielo húmedo de principios de julio había desbordado el horizonte de azoteas y con las primeras luces corría a borbotones hacia el pavimento en múltiples variaciones grises del azul invernal.

Manuel Pirianski resuelto en un sobretodo en espinapez marrón y protegiendo la calvicie con una boina inglesa verde, ejercitaba unas pocas formas de movimiento moroso que son las únicas que el frío le autoriza a los cuerpos antiguos.

En la esquina de Avellaneda y Fragata Sarmiento, se sentó cerca de una ventana y pidió un mate cocido con leche en el que vació con la destreza que el tiempo le confiere al método cuatro sobres de azúcar.

“¿Usted sabe, jovén? No hay hombría en negarse el sabor del azúcar” dijo sin levantar la vista mientras usaba la cucharita para

medir el punto de dilución de los cristales de azúcar que todavía arañaban el fondo de la taza.

El hombre de unos 30 años sentado en la mesa de enfrente lo había observado llevar a cabo la ceremonia del azúcar y viendo la atención absorta que Pirianski prestaba a los objetos desparramados sobre la mesa, se supuso inadvertido.

"No se aflija, quedan pocos bares donde uno puede azucarar el mate cocido sin sentir la estocada de las miradas clínicas (¿o son morales?) que ahora todo el mundo parece tener. No se preocupe, usted no me ofende. Claro que si son clínicas son nuevas. Si son morales, entonces son muy antiguas."

Minelli sonrió estúpidamente y si bien hubiese querido volver a su silencio y a los últimos sorbos del café frío, separado como estaba de Pirianski sólo por la frontera porosa de las buenas costumbres entendió rápidamente que se encontraba a merced del anciano. La única vía de escape era la puerta que seguía bloqueada por el azul húmedo de julio.

"¿Cual es su nombre?" preguntó Pirianski.

"Ernesto" dijo Minelli. "¿Usted?"

"Manuel, si mal no recuerdo. Manuel Pirianski. Pero fuera de mi casa todos los que quedan me llamaban Pirianski. Mucho gusto."

Un par de días después, cuando Minelli entró al café y se topó con las antiguas pupilas que escudriñaban la puerta, entendió que la nueva amistad era inapelable. Marchó mansamente a donde Pirianski revolvía el mate cocido y, solo a efectos de cumplir con su cargo, preguntó si se podía sentar.

En las semanas que siguieron, los dos hombres se ofrecieron el uno al otro sus biografías y al hacerlo ambos se encontraron revisando y reescribiendo la propia para integrar fragmentos de la que el otro les ofrecía. Pirianski para quien marzo de 1982 no había comprendido ninguna otra cosa que la muerte de su madre el 10, debió reescribir ese mes a fin de incluir en su registro el nacimiento de Minelli en 3 de Febrero la mañana del 11.

Minelli, para quien los años noventa habían sido una larga tarde de sol, vio nublarse septiembre a media década con la partida de Marcos, único hijo de Pirianski y de Rosa a iniciar una carrera estelar en una geografía remota que Pirianski llamaba Boston.

Sin mucho esfuerzo pero asediado las veces por un dejo de pena cuyo origen le era

desconocido, Ernesto Minelli se abandonó al movimiento lento pero arrollador de las grandes amistades.

Los últimos días de septiembre, nuestro mes más cruel, crisparon el aire e iluminaron los intersticios donde el invierno había acumulado las faltas en las que germinan las apetencias. Ahora por costumbre, Minelli pasaba por la puerta de la casa para ofrecerle a Pirianski su brazo y los dos hombres caminaban juntos las tres cuadras hasta la mesa en la ventana de Avellaneda y Fragata Sarmiento.

Juntando los cuatro sobres vacíos en el cenicero, Pirianski dijo que quería ir de compras. Dijo que quería un traje nuevo y Minelli aceptó acompañarlo.

Pirianski llevó a Minelli a la sastrería de Honorio Pueyrredón donde hacía años no había cara conocida. Pagó en efectivo y por adelantado por un traje de lino de tres piezas, una camisa blanca a medida y una corbata azul oscura. Minelli sonrió viendo a Pirianski con los dos brazos levantados mientras el sastre lo abrazaba buscando el centímetro a sus espaldas. “Se deja abrazar por cualquiera. Le parece a esta edad.”

Dos semanas después, los dos volvieron a la sastrería a buscar el traje y las otras prendas.

Los cortes eran precisos, la confección inmejorable. Pirianski se encontró sonriendo complacido tanto por su semblanza en el espejo como por la certeza de que el magisterio de la mano aguda que había cortado y confeccionado sobrevivía casi ileso en este lugar oscuro de Buenos Aires y si sobrevivía en esta sastrería, debía también sobrevivir en otros lugares y en otras manos.

Con la funda del traje montada al hombro de Minelli, los dos caminaron hacia el Cid. "Rosa siempre iba de compras conmigo y yo siempre me quejaba. Me hacía probar cada cosa tres veces y me fastidiaba. Era siempre igual. Después de que se murió me di cuenta de que yo siempre me había vestido para ella."

Sobre San Martín, Pirianski pidió que le trajeran un par de Full-Brogues en natural, talla 43. En la combinación de palabras, a Minelli le pareció reconocer una antigua sapiencia sartorial que imaginaba como el producto del ejercicio espiritual de la elegancia. Pirianski se probó los zapatos y sintió el cuero ceñido contra el empeine. "Todo se consume con el tiempo salvo los pies y la memoria que crecen casi con tanto vigor como las uñas y el pelo en la muerte. Pesimista se es solo por ignorancia."

A mitad de diciembre, a medio mate cocido, Pirianski dijo que después de cincuenta años, su peluquero se había jubilado. Minelli lo llevó a ver al suyo prometiendo no solo un buen corte de pelo sino también una conversación sobre verdades generales y supersticiones políticas prolija y convincente.

Se sentaron uno junto al otro flanqueados por dos hombres de unos cincuenta años.

"Juan, este es Pirianski, un gran amigo. Trátalo bien." dijo Minelli apoyándose orgulosamente sobre la palabra *gran*.

"No se preocupe Pirianski. Está en buenas manos." dijo el peluquero.

Pirianski sonrió: "Veo que tiene más de 40 así que no me preocupo. Pero ahora le toca a usted mostrar que hizo con los años que se le fueron."

"Me pone en entredicho." dijo el peluquero entretenido por el atrevimiento del anciano.

"No se aflija. Acepto amistades de cualquier edad pero no tomo taxis ni me dejo cortar el pelo por nadie de menos de 40. Puedo aceptar que me dejen la cabeza como un nido de ratas o que no sepan cómo cruzar Devoto pero a esta edad no me puedo arriesgar a quedar atrapado como público de un soliloquio de boberías o

peor aún, ser obligado a ofrecer réplicas. Si no puedo tener políticos maduros por lo menos puedo exigir taxistas y peluqueros con edad suficiente para ser interesantes incluso a pesar de sí mismos.

"No dije que era un client fácil pero te prometo un buen cliente." dijo Minelli mientras el otro peluquero empezaba a tijeretearle al oído.

"Te tomo la palabra, Ernesto." Pirianski volvió a sonreír y dijo "No se fie."

"Cómo es esto de Pirianski. ¿Ese es su nombre?"

"Hasta que mis padres murieron, me llamaba Mendel. Mendel Pirianski. Hace 46 años que soy Manuel Prianski pero incluso para los amigos hace mucho que soy Pirianski. Pregúntele a Minelli si no me cree.

El nombre se escapó de la oficina y a mi mujer le daba gracia así que algunas veces me llamaba Pirianski. Así me fui volviendo Pirianski. Cuando me muera voy a volver a ser Mendel. Mi lápida va a dar cuenta de eso. Pero por ahora soy Piriaski."

"Es un buen nombre. Pirianski."

"Como tanto nos gusta decir: *Es lo que hay.*"

Un par de días después, los dos volvieron al café por última vez. Pirianski azucaró el mate cocido y Minelli se olvidó del café hasta que se lo tuvo que tomar frío. Para Minelli los pocos meses de su amistad parecían erguirse en años del otro lado de la mesa y le permitían mirar a Pirianski desde las profundidades solitarias de la nostalgia. Pero Pirianski parecía feliz. La amistad le era robusta y nueva pero por sobre todo su satisfacción consistía en saber cumplida una tarea.

Pirianski murió a los 79 años una semana antes de año nuevo. Sobre la mesa de la cocina una lista de obligaciones y derechos filiales esperaba a Minelli desde finales del invierno.

Los sepelios fueron organizados por Minelli e Hijos. Marcos Pirianski perdido en las tareas del divorcio recibió el llamado de Minelli sobre el mediodía invernal del norte. El llanto que a Minelli no le resultó ajeno, le pareció, sin embargo, honrar ambiguamente varias pérdidas juntas, todas ellas mucho más antiguas que diciembre.

Pirianski, inmóvil en su elegancia final fue enterrado junto a Rosa en Flores. Minelli

caminó junto al féretro solo y de un papel arrugado leyó para los sepultureros del puño y letra de Pirianski: “Lo pondré en alto porque ha conocido mi nombre. Me invocará y yo le responderé. Con él estaré en la angustia. Lo libraré...” Después tiró un manojito de tierra sobre la madera que apenas se dignó a ofrecer un susurro y los dos hombres oscuros le devolvieron a la tierra el cuerpo antiguo.

El viernes a media tarde Minelli se sentó en el piso junto a la cama donde ya no quedaban rastros de su amigo y siguiendo órdenes escritas cortó a la mitad uno por uno los zapatos de Pirianski. Se hizo un mate cocido que tomó con un poco de azúcar y miró viejas fotos que con varias versiones de Marcos descansaban sobre la mesa de la cocina. A eso de las seis, como estaba escrito, caminó a la sinagoga de Planes a decir *kadish* por Mendel Pirianski.